

Catecismo animal

Somos duros fragmentos arrancados del reverso del cielo,
trozos como cascotes insolubles
vuelto hacia este muro donde se inscribe el vuelo de la realidad,
la mordedura blanca del destierro hasta el escalofrío.
Suspendidos en medio del derrumbe por obra del error,
enfrentamos de pie las inclemencias, la miserable condición del rehén,
expuestos del costado que se desgasta al roce de la arena y al golpe del azar,
bajo el precario sol que quizás hoy se apague, que no salga mañana.
No tenemos ni marca de predestinación ni vestigios de las primeras luces;
ni siquiera sabemos qué soplo nos expulsa y nos aspira.
Apenas si el sabor de la sed, si la manera de traspasar la niebla,
si esta vertiginosa sustancia en busca de salida,
hablan de alguna parte donde las mutiladas visiones se completan,
donde se cumple Dios.
Ah descubrir la imagen oculta e impensable del reflejo,
la palabra secreta, el bien perdido,
la otra mitad que siempre fue una nube inalcanzable desde la soledad
y es toda la belleza que nos ciñe en su trama y nos rehace,
una mirada eterna como un lago para sumergir el amor en su versión insomne,
en su asombro dorado.
Pero no hay quien divise el centelleo de una sola fisura para poder pasar.
Nunca con esta vida que no alcanza para ir y volver,
que reduce las horas y oscila contra el viento,
que se retrae y vibra como llama aterida cuando asoma la muerte.
Nunca con este cuerpo donde siempre tropieza el universo.
Él quedará incrustado en este muro.
Él será más opaco que un pedrusco roído por la lluvia hasta el juicio final.
¿Y servirá este cuerpo más allá para sobrevivir,
el inepto monarca, el destronado, el frágil desertor obligatorio,
rescatado otra vez desde su nadie, desde las entrañas de un escorial de brumas.
¿O será simplemente como escombros que se arroja y se olvida?
No, este cuerpo no puede ser tan sólo para entrar y salir.
Yo reclamo los ojos que guardaron el Etna bajo las ascuas de otros ojos;
pido por esta piel con la que caigo al fondo de cada precipicio;
abogo por las manos que buscaron, por los pies que perdieron;
apelo hasta por el luto de mi sangre y el hielo de mis huesos.

Aunque no haya descanso, ni permanencia, ni sabiduría,
 definiendo mi lugar:
 esta humilde morada donde el alma insondable se repliega,
 donde inmola sus sombras
 y se va.

En el laberinto

Más de veinte mil días avanzando, siempre penosamente,
 siempre a contracorriente,
 por esta enmarañada fundación donde giran los vientos
 y se cruzan en todas direcciones paisajes y paredes tapiándome la puerta.
 No sé si al continuar no retrocedo
 o si al hallar un paso no confundo por una bocanada de niebla mi camino.
 Tal vez volver atrás sea como perder dos veces la partida,
 a menos que prefiera demorarme castigando las culpas
 o aprendiendo a ceñir de una vez para siempre los nudos de la duda y el adiós,
 pero no está en mi ley el escarmiento, la trampa en el reverso del tapiz,
 y tampoco podré nacer de nuevo como la flor cerrada.
 Habrá que proseguir desenrollando el mundo, deshaciendo el ovillo,
 para entregar los restos a la tejedora,
 comoquiera que sea, en el extremo o en el centro, a la salida.
 He visto varias veces pasar su sombra por algunos ojos,
 cubrirlos hasta el fondo;
 varias veces graznaron a mi lado sus cuervos.
 Perdí de vista fieles paraísos y amores insolubles como las catedrales.
 Encontré quienes fueron mis propios laberintos dentro del laberinto,
 así como presumo que comienza uno más donde se cree que éste se termina.
 Extravié junto a nidos de serpientes mi confuso camino
 y me obligó a desviarme más de un brillo de tigres en la noche entreabierta.
 Siempre hay sendas que vuelan y me arrojan en un despeñadero
 y otras me decapitan vertiginosamente bajo las últimas fronteras.
 Recuento mis pedazos, recojo mis exiguas pertenencias y sigo,
 no sé si dando vueltas,
 si girando en redondo alrededor de la misma prisión,
 del mismo asilo, de la misma emboscada, por muchísimo tiempo,
 siempre con una soga tensa contra el cuello o contra los tobillos.
 A ras del suelo no se distingue adónde van las aguas ni la intención del muro.
 Sólo veo fragmentos de meandros que transcurren como una intriga en piedra,
 etapas que parecen las circunvoluciones de una esfinge de arena,
 corredores tortuosos al acecho de la menor incertidumbre,
 trozos desparramados de otro mundo que se rompió en pedazos.

Pero desde lo alto, si alguien mira,
 si alguien juzga la obra desde el séptimo día,
 ha de ver la espesura como el plano de una disciplinada fortaleza,
 un inmenso acertijo donde la geometría dispone transgresiones y franquicias,
 un jardín prodigioso con proverbios para malos y buenos,
 un mandala que al final se descifra.
 Ignoro aquí quién soy.
 Tal vez alguien lo sepa, tal vez tenga un cartel adherido a la espalda.
 Sospecho que soy monstruo y laberinto.

Al pájaro se lo interroga con su canto

Hay en algunos ojos esas borras de añil que dejan los crepúsculos al evaporarse
 —un ala que perdura, una sombra de ausencia—.
 Son ojos hechos para distinguir hasta el último rastro de la melancolía,
 para ver en la lluvia el inventario de los bienes perdidos,
 así como hace falta un invierno interior
 «para observar la escarcha y los enebros erizados de hielo»,
 dijo Wallace Stevens congelando el oído y la pupila,
 convertido tal vez en el hombre de nieve que contempla la nada con la nada
 y que oye sólo el viento,
 sin ningún evangelio que no sea ese sonido único del viento
 (aunque tal vez hablara de la más extremada desnudez;
 no de la transparencia).
 Pero yo sé que cada tiniebla se indaga solamente con la noche que llevo,
 que la piedra se entreabre ante la piedra
 de la misma manera que se tantea el corazón con el abismo.
 ¿Hay alguna otra forma de asomarse hasta el fondo del subsuelo,
 el fondo de otra herida, el fondo de otro infierno?
 No hay ninguna otra lámpara para reconocer lo próximo, lo ajeno, lo distante.
 Lo atestigua la esquiva intención de la rata chillando entre los vidrios,
 resbalando en la rampa de una impensable luz;
 lo proclama la estrella con su remoto código adherido a un temblor,
 tal vez a una agonía que ya fue;
 lo confirma ese yo que camina contigo y es memoria dondequiera que olvides,
 y ese otro, inabarcable, centelleante,
 que le sale al encuentro bajo el agua de las transformaciones,
 y a veces ni es persona, ni color, ni perfume, ni huella de este mundo.
 Ambos están tejidos con la sustancia misma del silencio.
 Se parecen a Dios en su versión de huésped reversible:
 el alma que te habita es también la mirada del cielo que te incluye.

